

Lunes 15 de Noviembre.—Todavía han transcurrido dos semanas más..... Pasan los días, fastidiosos por demás,—alegres y casi dulces para mí;—es el encanto de Pascuala—ó el encanto de esta comarca..... No sé bien cual de los dos; sin duda los dos reunidos.—Pero hay algo que ahora me retiene aquí, y cuando sea preciso partir, dejaré Baozich con pesar.

Las noticias políticas se suceden y se contradicen. En realidad no sabemos nada, ni de la cuestión de Dulcigno, que nos ha hecho venir, ni de las decisiones tomadas en los gabinetes de Europa; parece que nos han olvidado, y no podemos adivinar cuando será la vuelta.

¡Noviembre!—Aquí estamos en la estación tibia y tranquila en que las hojas enrojecidas de los bosques comienzan á caer con los últimos frutos maduros; la estación en que vuelven á florecer los rosales, los naranjos y los mirtos. Es tan bello y tan apacible todo lo que nos rodea, tan puro el aire, hay una esplendidez tal en estos bosques, que todos los recuerdos desaparecen, olvidándose todo con el encanto de mirar, de respirar, de vivir.

Hay momentos en los cuales el encanto es mayor (no se sabe ni se explica el por qué), y éstos se conservan en la memoria.

Así, él día de hoy, cálido como uno de verano, yo me había dormido sobre el musgo y las hojas secas—serían próximamente las dos—y el sol de Noviembre hería con sus rayos los campos silenciosos.

Me despertó la voz de un pastor, que llamaba fuertemente á su amigo Angel con acento italiano.

—¡Angelo! ¡Angelo!—La voz se apoyaba en la primera sílaba, y se arrastraba hasta el fin, repercutiendo á lo lejos, en los ecos de la montaña, inundada de sol.

Al abrir los ojos, no ví ni á Angelo ni al que había lanzado la voz llamándole; pero entre las ramas, en

el aire, ví como en el cielo la capilla vieja de Baozich, encaramada sobre su roca, y por el camino que pasaba cerca de ella ví bajar á Pascuala, cantando á media voz un aire slavo y llevando delante sus corderos.

Y á pesar de esto, todavía permanecí echado sobre el liquen, en un sitio en que el suelo estaba cubierto de guijarros grises. Sobre el liquen había gramíneas marchitas, tardías escabiosas sobre su tallo, florecillas retrasadas. Hacía casi fresco; á mi espalda oí roce en las malezas doradas y ruido de corderos que pacían en la yerba. Era el rebaño de Pascuala, que llegaba rápidamente; ella venía detrás, sonriendo, con un aire picaresco de muchacha montaraz que medita una farsa, y tratando de no hacer ruido para sorprenderme.

De ella, sin duda, es de quien procede el encanto de estos momentos....

Son siempre muy inocentes nuestras citas durante el día; pero por la noche parece que hay algo en el aire y en los senderos de estos bosques que nos altera, y que una fiebre singular se apodera de nosotros al mismo tiempo que las sombras invaden la tierra.

Pobre capilla de Baozich, encaramada allá arriba, como un nido de águila; vieja capilla, donde más tarde Pascuala dormirá bajo el musgo.....

En el cercado solitario que la rodea nos hemos detenido muchas veces juntos, ya mirando las tumbas, ya el muro tapizado de enredaderas; es un sitio tranquilo, desde donde se descubre un paisaje admirable.

Allí, un día Pascuala me hizo mirar por una anti-gua claraboya á una cueva que se abría bajo la nave.—Era el osario—cosa siniestra y silenciosa como la nada—el fin último de todas las existencias humanas.

A la media luz que llegaba al fondo, se distinguían cráneos verdosos amontonados en desorden; los cráneos de los slavs de la montaña, antepasados de Pascuala.

Y á nuestro alrededor, en torno de los dos que estábamos allí, jóvenes, sonreía la naturaleza, radiante y eterna, cerca de aquellos despojos: sonreía sobre el azul del horizonte y de la mar; el sol caía á plomo sobre los verdes matizados del bosque, y un silencio, lleno de alegres zumbidos de abejas, dominaba á los campos inundados de calor y de luz.

XII

Todos nuestros días se parecen en Baozich, y, sin embargo, no me canso todavía de esto.

Todas las tardes, un poco antes de la puesta del sol, en la hora melancólica en que las cimas de piedra se colorean de rojo y los valles se llenan de sombra—todas las tardes doy el mismo paseo por el camino, que ya me es familiar, que bordea la playa.

La carretera, única del país, es la que conduce á Ragusa. Pasan por allí á caballo algunos viajeros, aunque pocos; por allí caminan á pié pintorescos aldeanos: montenegrinos, que bajan de sus montañas; albaneses desterrados por la guerra; vagabundos, salidos no se sabe de dónde. El camino, más bien es un sendero encajado entre la mar y las ma-

tas de mirtos, ó los pequeños muros grises, llenos de enredaderas, que limitan las plantaciones de olivos. Unas veces se anda sobre arena y otras sobre una especie de baldosas muy antiguas, que proceden de las Repúblicas Ilirianas, rivales de Venecia; la mar socava dulce y constantemente este camino en compañía del tiempo. Hay casitas edificadas en su orilla—quintas ó antiguas habitaciones señoriales del estilo veneciano, que ya están en ruinas—ó bien pequeñas posadas, donde concurren los pescadores y en donde se les sirve cerca de la puerta café, como en Oriente. Cuando yo deje totalmente este país, veré mucho tiempo todavía estas casitas de la playa con sus buenas gentes que, por la tarde, se sientan en los bancos de piedra inmediatos á las puertas, y á la sombra de los árboles, amarillentos ya—y al pasar yo me saludan.....

Seguramente es de Pascuala de quien procede el encanto de todas estas cosas.

Los domingos lleva una gran animación á este camino la presencia de las escuadras: los oficiales se pasean; los marineros también: los franceses ruidosos; impasibles los ingleses; buenos muchachos los austriacos; los italianos polemistas; solapados los

alemanes; ébrios los rusos, en disposición de fraternizar ó de apalearse, cantan y escandalizan.

Y además, el domingo hay el mercado de las chucherías viejas y de las armas. Se verifica al aire libre, en los bancos que hay delante de las posadas campestres. Las mujeres bajan de todos los rincones de la montaña, para venir á ofrecerles lo más bonito de sus viejos adornos. Y canoas conducen sin cesar albaneses, vestidos con traje oriental, que llegan del otro extremo de la bahía para vender armas turcas. Estos últimos están siempre cerca de mí porque comprendo su idioma, y vienen á menudo para elegirme árbitro de sus contiendas. Musulmanes, más ó menos renegados, más ó menos bandidos, traen á Baozich antiguos fusiles preciosos, viejos machetes que no se encuentran más que entre ellos que los han robado—Allah sabe dónde—gracias á esta temporada de desorden extraordinario que atraviesan los países del Islám.

Pero el domingo pasado, ¡qué tranquilidad! ¡Qué paz en todo el país! Fuera de este camino de la playa se está en pleno bosque; no hay ya más que los senderos de cabra que van á la montaña, á las aldeas suspendidas en la región de las nubes.

El paseo á Cattaro, próximamente una vez por semana, forma parte de nuestro plan ordinario de vida. Dos horas de camino en canoa de vapor. Es necesario ir de tiempo en tiempo á la vieja ciudad, á un país más culto, para hacer provisión de muchas cosas desconocidas en Baozich.

Cattaro está detrás de una montaña y frente á otra bahía mucho más admirable aún que la de Baozich, mucho más grandiosa y sorprendente.

Sin embargo, yo no voy ya allí; prefiero ahora quedarme en los mirtos de Baozich, porque aquí está Pascuala.....

Más tarde echaré de menos esta temporada de amor, y recordaré este país al que no he de volver jamás.

¡15 de Noviembre ya! Nadie lo creería, viendo los días que se siguen tan cálidos y tan tranquilos.

A las doce de la tarde hace un calor abrasador, y sólo en la puesta del sol se conoce que avanza la estación. La noche llega rápidamente, con una especie de frescura penetrante, un primer estremecimiento melancólico del invierno.

Ya es completamente de noche cuando, después de comer, vuelvo á salir en busca de Pascuala. Mí

canoa surca las obscuras aguas, agitadas algunas veces por el viento del otoño, que se levanta al obscurecer. Se aleja la escuadra, y con ella sus luces, reflejadas en el agua; se alejan también sus redobles de tambor, sus pífanos, sus cánticos desacordes en todos los idiomas; y en cambio, la gigantesca masa obscura, que parece pretender escalar el cielo, y que es la montaña, se aproxima, aumenta, aumenta sin cesar.

Una lucecita brilla á intervalos en toda esta intensa negrura, marcando un sitio en que se puede tocar tierra: es un lugar donde se puede hacer la aguada; allí hay marineros á menudo, ingleses ó extranjeros, entretenidos en proveer de agua sus depósitos.—Atraco en aquel sitio, y mi canoa vuelve á bordo.

Hay que recorrer aún una cierta distancia sobre el sendero que bordea la mar, para llegar á las ruinas aisladas, al soportal ahumado que forma la posada de Baozich. El camino es estrecho: por un lado, las olas que se estrellan allí; por otro, las malezas que forman espesa valla y los olivos que inclinan sus copas hácia el camino.

Al oír ruido de pasos, es preciso detenerse y observar; el que pasa, rozándoos en la obscuridad, es algunas veces un batelero, un pescador, un valiente

aldeano de los alrededores; otras veces un vagabundo montenegrino, con aspecto de bandido, que también se detiene y mira.

Los que me conocen dicen en italiano: «Buona sera.....;» los desconocidos me examinan con desconfianza, y al distinguir mi larga capa y mi gorro slavo semejante al suyo, rojo, con un semicírculo de oro, exclaman:

«¡Dobravetche!»—Yo contesto: «Dobravetche,» y pasan.

Soy el único de los oficiales de la escuadra que va á tierra por la noche. Al principio, mientras duraron las hermosas noches de verano, se explicaba mi conducta; pero ahora que las noches son frías, la mar está algunas veces picada y el tiempo amenaza lluvia, se preguntan mis compañeros qué es lo que voy á buscar á este campo—negro como el infierno—y no se saben contestar.

La posada de Baozich es el lugar en que espero todas las noches á que den las ocho, hora de nuestra cita.

Abro la puerta por donde sale al exterior el débil resplandor que me guía, y aparece ante mis ojos aquel gran sotechado de miserable aspecto, iluminado por un quinqué que echa humo.

En el fondo hay montones de leña, cofres viejos,

pilas de cosas informes; en el centro bateleros sentados alrededor de una mesa bebiendo *slavo-vitz*; chalanés, tratantes en armas de Albania, vagabundos sorprendidos. En un rincón la posadera, vestida de andrajos, sentada sobre un taburete; sobre su cabeza dos cuadros de santas, con marcos dorados, muy antiguos y preciosos, colgados en el sombrío muro.

Conozco á casi toda aquella gente; cuando llego me dicen: «Buona sera,» y me hacen sostener un poco de conversación con los unos ó con los otros, en italiano ó en turco. Cuando Giovanni—el hermano de ella—llega allí, desde Rizano, para conducir una barca cargada de frutos á la escuadra—me mira de arriba abajo con sus ojos grises, despreciándome, y vuelve la cabeza. Yo no puedo resistir su mirada; tal vez le amo porque es hermano de ella.

Enciendo un cigarrillo de Cattaro, lo coloco en un largo tubo de madera blanca, pintarrajeada de rojo, y pido café, que me preparan en una tacita pequeña, como en Turquía. Algunas veces, cuando el tiempo todavía es bueno, hago llevar este café al banco de piedra que hay delante de la puerta; en-

tonces, uno de los concurrentes se levanta por cortesía para venir á hacerme compañía fuera; bien Gregorio, ó bien Mateo Ivovitch, ó el albanés Mehmet, ó cualquier otro de Baozich.

El cigarrillo es acre, amargo el café, y detestable el zaquizamí en que me han servido todo esto. Y, sin embargo, todo me parece esquisito, todo me encanta, y me complacen todos los detalles de esta reunión, porque se acerca el momento de ir al bosque de los olivos á reunirme con Pascuala.

Suenan las ocho, lejos, en el mar, á bordo de los acorazados. Ya es hora de salir. He enseñado á Pascuala á contar estas ocho campanadas que se oyen, á mucha distancia, por la noche en la montaña. Pascuala sale entonces de su choza; yo subo por el sendero que deja á la derecha la aldea, y nos encontramos en el cercado de los olivos.

Ando de prisa en la obscuridad; conozco todas las piedras, y sé de memoria todas las vueltas del camino; no me preocupan ni la lluvia, ni la noche, ni los vagabundos montenegrinos, ni mucho menos los fantasmas, ni el pasar cerca de la capilla y del viejo cementerio; experimento como una fiebre deliciosa, al subir por este sendero cubierto de musgo

y de hojas secas, en el que se notan todos los perfumes propios del otoño.

¿Cómo puede Pascuala salir todas las noches de su cabaña á la hora de la cita? ¿Acaso sus antiguos amos no se ocupan ahora de la conducta nocturna de su criada y pastora? ¿O es que ella se escapa y sale sin ruido cuando están dormidos ya? Sería muy complicado para nosotros explicarnos todo esto con una docena de palabras, slavas é italianas, que constituyen nuestro idioma común, y que deben servirnos para expresar todos nuestros pensamientos.

Unas veces un poco antes, otras veces un poco después, llega Pascuala franqueando el muro del cercado por el mismo sitio, por un rincón en que las piedras grises se han caído sobre los helechos.

Un gran olivo, el más viejo de los árboles del país, es el que hemos elegido para lugar de las citas; sus raíces centenarias forman una almohada en que apoyamos las cabezas.

Desde que las noches empezaron á ser frias y húmedas por la niebla, Pascuala, para no sentarse sobre el musgo mojado, trae sobre los hombros su manta montenegrina, negra, con zig-zags rojos. Antes de tenderla sobre el suelo con mi capa, nos entregamos á un trabajo infantil, que ejecuta Pas-

cuala todas las noches con la misma seriedad: recoger las olivas caídas, que es preciso no aplastar porque llenarían de manchas nuestros abrigos.—Pascuala gasta en esta ocupación todos los fósforos que llevo yo de Cattaro, porque el viento se los apaga sin cesar.

En el bosque en que estamos oímos todas las noches los ruidos propios de la escuadra que duerme abajo, en la bahía. Los últimos cánticos, las músicas últimas, todo esto nos llega según el viento que reina, más ó menos distinto, más ó menos confundido en incierto rumor, mezclado más ó menos con el ruido de los árboles y de la noche, con los crujidos de las ramas y los roces inquietantes de las hojarascas. Hay momentos de espanto, en que Pascuala se levanta asustada y pálida, iluminada por un rayo de luna; y después, hay instantes de paz profunda en que nada se oye.

Escucho tres redobles de tambor, debilitados como ruidos subterráneos y notas agudas de pífanos, apenas apreciables, que los acompañan.

Es el último toque que llama á bordo de los barcos ingleses. Pasado un cuarto de hora, habrá llegado el momento de despedirnos.

Todo vuelve á caer en el silencio.

Se oyen otras campanadas, varias veces repetidas: ¡las nueve! ¡ya es hora! Con sonidos dulces y lejanos, las campanas tocan lentamente, unas después de otras. Cuando suena la última, es necesario separarse.

—*¿Mirado via?* (¿Me voy?)—dice Pascuala con su dulce voz de niña.

La hora ha pasado rápida, y con ella cesa nuestra cita. Pascuala sube á su cabaña, y yo bajo corriendo á la playa, en donde, en sitio conveniente, debe esperarme mi canoa.

A medida que adelanta la noche disminuye el viento. Hacia las dos de la mañana existe una calma extraordinaria y una inmovilidad grande en la naturaleza. Todos los ruidos, hasta los menores soplos, han cesado.

La superficie de las aguas, más lisa que la del lago Miroir, en el centro de las montañas rojizas refleja la extensión del cielo, y parece otro cielo visto tras un cristal inmenso... Durante las largas horas de las guardias de noche, apoyado en el filarete, contemplo debajo de mí esta otra bóveda, parecida á la de encima; todo se ve en ella: los detalles de las nubecillas blancas que, en ligeros copos, recorren el espacio; las constelaciones y la luna con su aspecto de rostro humano.

Y á fuerza de mirar estas profundidades imaginarias, se siente una especie de vértigo; ayudando el silencio y el sueño, es fácil imaginarse suspendido en el vacío con la cabeza hácia abajo.

Las aguas, encauzadas entre tantas montañas altísimas, pueden producir también por sí solas estas ilusiones y estos vértigos.

Las cimas de piedra del Montenegro, iluminadas por la luna con pálidos y rosados resplandores, se alzan en el éter límpido sobre su gigantesca imagen invertida.

La montaña más próxima á Baozich aparece también del mismo modo; debajo de ella hay otra subterránea muy semejante, cuya cresta se destaca sobre un cielo imaginario, poblado por fantasmas de estrellas. En las masas negras de sus bosques se distingue un punto, un pequeño triángulo blanco: es la capilla.

Cerca de allí, bajo los árboles, en su cabaña, Pascuala duerme...

Blancas neblinas comienzan á surgir sobre la superficie de las aguas; cuanto más se aproxima la mañana, se levantan más brumas ligeras en los valles; las grandes imágenes espectrales que aparecieron invertidas en las profundidades del abismo se extinguen, desaparecen; se oscurecen las cimas,

esperando la hora en que ha de brillar la viva luz de la mañana. Bien pronto va á nacer el día..... Pascuala se despierta..... Lleva delante de sí, por los mirtos empapados de rocío, toda la banda de sus carneros grises y de sus cabras negras.

Y cuando hayan pasado sobre estas montañas eternas muchas noches parecidas, y estaciones y años, Pascuala dormirá, para siempre, bajo la capilla, en el osario.

Viernes 19 de Noviembre.—El entierro de la pobre vieja asesinada. (Un crimen que han cometido los montenegrinos para apoderarse de un collar de oro.)

De tal manera me consideran, como del país, que me he encontrado invitado á este entierro y obligado á formar parte de la comitiva. Pascuala iba también con las otras muchachas de la montaña.

Las dos de la tarde. Un día de sol y de calma, que parece un día de verano. El cortejo fúnebre caminaba en zig-zags, entre malezas y flores, por el sendero estrecho que conduce á la capilla.

En el fondo de la nave me hicieron sentar en un puesto de honor, entre Juan y Mateo Ivovitch, en un nicho adornado con antiguas figuras bizantinas,